

Concierto No. 7 para violín y brujas

JOEL FRANZ ROSELL

ILUSTRADO POR JULIÁN CICERO



*Concierto No. 7
para violín y brujas*

*A LA
ORILLA
DEL VIENTO*



Concierto No. 7 para violín y brujas

JOEL FRANZ ROSELL



ilustrado por
JULIÁN CICERO



Primera edición, 2013

Primera edición electrónica, 2014

© 2013, Joel Franz Rosell, texto

www.elpajarolibro.blogspot.com

© 2013, Julián Cicero, ilustraciones

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-1899-3 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

*A la memoria de Sherlock Holmes,
violinista y detective.*



Obertura

En una urna de cristal blindado...

En la sala más importante del Museo Metropolitano, un violín se encuentra encerrado en una vitrina de cristal blindado. Una alarma electrónica conecta la urna con la garita del guardia y con la estación de policía más cercana.

Es triste la vida de un violín recluido en una caja de vidrio tan espeso que no deja pasar el menor sonido. Ni siquiera de noche, en ausencia de testigos y aprovechando la magia de la luna nueva, puede hacer vibrar sus cuerdas y dejar escuchar las melodías alegres, tristes, sencillas o profundas para las que ha sido creado.

El violín está solo en su cárcel de vidrio. Su arco no está en otra vitrina de la sala, ni en otra sala del Museo Metropolitano, ni siquiera se encuentra en otro museo de la ciudad o en otra ciudad del país.

No es que el arco se haya perdido. El director del museo sabe que está en un lugar seguro y distante. Así lo decidió la principesca familia dueña y responsable del arco y de su violín.

De vez en cuando, el actual príncipe abandona su castillo en lujoso automóvil, va al aeropuerto más cercano, toma un avión, después un taxi... y llega al museo para admirar el violín.

Él tiene derecho a verlo cada vez que lo desee. Aunque sea domingo, aunque sean las tres de la madrugada, aunque haya un

huracán anunciado; todos tienen la orden de abrirle la puerta, iluminar la sala y dejarle a solas con el violín.

Si él quisiera, las dos partes del instrumento podrían reunirse. Pero no quiere. Es más, si el príncipe viene tan seguido a visitar al violín en su cárcel de cristal blindado es para asegurarse de que sigue ahí, tranquilo, sin urdir ningún plan para escapar y reunirse con su arco.

Sereno D'Antagno conoce mejor que nadie los numerosos trastornos desencadenados por su tatarata-tatarabuelo, Soturno el Oscuro, desde que ordenó la fabricación del misterioso instrumento.

1

Stravagantius, el violín embrujado

Soturno D'Antagno era un príncipe ambicioso al que nada le bastaba. Como ya disponía de todo el poder humano posible, también se hizo mago. Era entonces un príncipe y mago poderoso y ambicioso, que podía tener todo lo que quería y quería tenerlo todo.

Un día, cuando paseaba a lomos de un soberbio alazán por la capital de su principado, escuchó un violín.

La melodía que tocaba el violinista era muy alegre y todos los que la oían parecían felices. Tras reflexionar un momento, el príncipe le ordenó interpretar una melodía triste, y quienes la escucharon se sintieron al instante afligidos.

Cuando el músico terminó, la gente aplaudió, arrojó monedas y se marchó.

—¿Quién ha construido ese violín? —preguntó el príncipe.

—El único que puede fabricarlos tan buenos —respondió el violinista—. Arcadio Stravidarius sabe hacer cantar a la madera como ninguno. Los poetas inventaron para él la palabra “lutier”, que no se parece a ninguna otra, para que la ponga en la puerta de su taller y todos sepan que es minucioso como el mayor artesano, inspirado como el mejor artista y secreto como un mago.

—¿Como un mago? —murmuró el príncipe D'Antagno—. ¡Eso lo veremos!

Y esa misma noche, en un carruaje tirado por un caballo bayo, una yegua mora y un potro blanco, se trasladó a la ciudad de Cretona, donde vivía el lutier Stravidarius.

—Quiero un violín que haga reír con sus melodías alegres y llorar con sus melodías tristes —ordenó el príncipe—. Un violín que haga sentir a todos, al momento, lo que yo sienta al tocarlo.

—Debéis de ser un gran músico, además de un gran señor —opinó Arcadio Stravidarius.

—Jamás he estudiado música ni he tañido instrumento alguno.

—Entonces será imposible, monseñor. Yo soy el mejor artesano, muchos incluso opinan que soy un artista y por eso me llaman “lutier”. Pero no soy mago.

—Ni falta que hace —respondió el príncipe Soturno—. Tú construye el mejor violín que seas capaz, del resto me ocupo yo.

Arcadio Stravidarius explicó al príncipe que primero debía empezar el violín que le había pedido el Rey.

—Lo harás después —replicó el príncipe.

—Es que antes del violín del Rey debo terminar el que me encargó el Emperador.

—Lo harás después —repitió el príncipe.

—¿Y el violín que me encomendó el Papa...?

—¡Después!

Y así fue. Arcadio Stravidarius dejó el violín que había comenzado para el Rey, dejó el violín que estaba terminando para el Emperador, y cogiendo la madera más blanca, del abeto más noble, que le había proporcionado el Papa para que le fabricase un violín divino, comenzó a trabajar en el instrumento de Soturno D'Antagno.

Es que el lutier se había dado cuenta de que el poderoso príncipe era un mago más poderoso aún, y que si osaba ponerse por delante del Rey, del Emperador y del Papa era porque también sabría, incluso sin ser músico, hacer que todos sintieran lo mismo que él al tocar su violín.

“¡Será mi obra maestra!”, se dijo Arcadio Stravidarius. Y pese a

que aún no había dado el primer corte en la madera de la que saldría el inigualable instrumento, decidió llamarlo Stravidarius.

Antes de subir a su carroza, el príncipe anunció que volvería en tres semanas.

—Es muy poco tiempo —advirtió el lutier.

—Dentro de tres semanas —repitió el príncipe, y se marchó en el carruaje tirado por un caballo bayo, una yegua mora y un potro blanco.

Al cabo de las tres semanas, el cuerpo del violín estaba listo. La noche anterior a la visita del príncipe, Arcadio Stravidarius descubrió un gato negro en su taller. Intentó echarlo, mas el animal no se movió; le miró con sus ojos altivos, uno verde y otro amarillo, y al lutier se le quitaron las ganas de ahuyentarlo.

A la mañana siguiente, el gato no estaba, pero la caja del violín estaba arañada. Las uñas felinas habían dibujado siete signos enigmáticos en la tapa posterior.

Cuando llegó el príncipe, Arcadio Stravidarius no sabía cómo explicarle lo sucedido. Tendiéndole el violín, musitó desesperado:

—Mi trabajo ha sido estropeado por un gato negro...

—¿Con un ojo verde y otro amarillo? —anticipó el príncipe. Y sin dar la menor importancia al asunto, acarició el violín, todavía blanco y sin cuerdas, y declaró—: ¡Es perfecto!

—¿A pesar de los arañazos?

“Gracias a los arañazos”, pensó el príncipe, pero sólo dijo:

—Volveré en dos semanas.

—Es muy poco tiempo para hacer el arco —explicó Arcadio Stravidarius.

—Dentro de dos semanas —repitió el príncipe.

Al cabo de las dos semanas, el arco estaba listo. La noche previa a la visita del príncipe, apareció de nuevo el gato negro. Arcadio Stravidarius lo amenazó con un garrote, con un jarro de agua y con una tenaza ardiente, pero el animal no se inmutó. Le miró con sus ojos altivos, uno verde y otro amarillo, y al lutier, pese a sentir

inquietud, se le quitaron las ganas de ahuyentarlo.



A la mañana siguiente, el gato no estaba y esta vez el arco ostentaba su marca: los agudos colmillos del felino habían dejado cuatro muescas en la base, exactamente en el sitio donde debían cerrarse los dedos del artista.

Cuando el príncipe llegó, el lutier le tendió el arco sin decir palabra.

—El gato negro con un ojo verde y otro amarillo... —comentó Soturno D'Antagno mientras acariciaba la huella de los colmillos. Y sonrió misteriosamente.

Stravidarius quiso preguntarle de dónde conocía a aquel gato y por qué aparecía en el taller la víspera de cada visita suya. Pero se le quitaron las ganas de preguntar cuando advirtió que si uno de los ojos del príncipe era intensamente verde, el otro... ¿era realmente amarillo, o se trataba de un efecto de la luz?

—Volveré en una semana —dijo el príncipe mientras subía a su carroza.

Arcadio Stravidarius ni siquiera intentó protestar. Adivinando que el príncipe le daría ese plazo, ya había preparado el barniz destinado a proteger la madera del violín y del arco, y a proporcionarles un elegante brillo. El frasco de barniz reposaba en un rincón fresco y oscuro, donde alcanzaría, en aquellos siete días, la consistencia y el color apropiados.

La víspera, como de costumbre, el gato negro de ojos desiguales apareció en el taller. Esta vez el lutier no hizo ni un gesto para ahuyentarlo, y por un segundo en la mirada verde-amarilla del felino brilló una chispa de divertida sorpresa.

“Me pregunto qué jugarreta vas a hacerme esta vez”, se dijo Arcadio Stravidarius al coger la brocha con la que se disponía a barnizar el precioso instrumento.

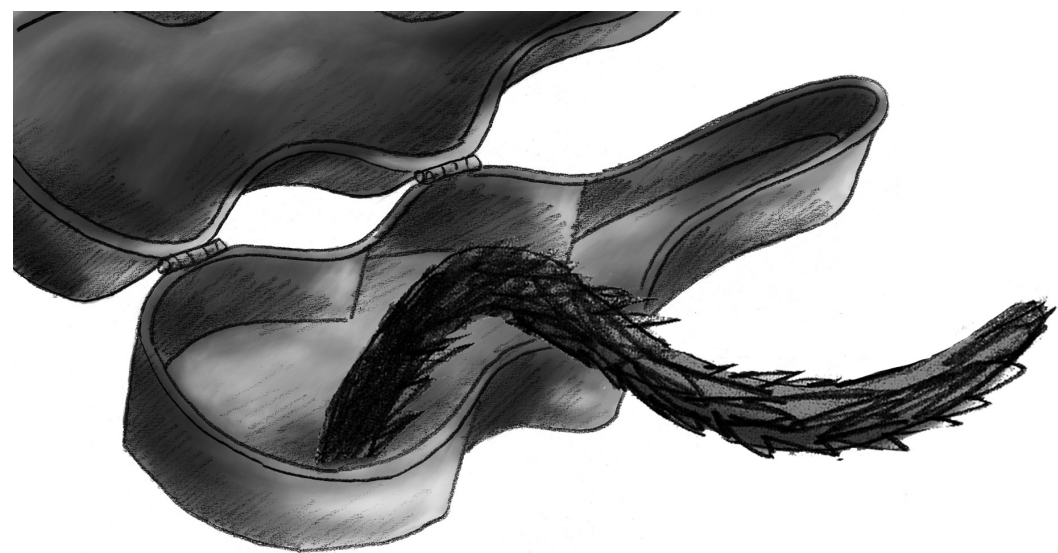
La respuesta fue tan rápida como inesperada: el gato saltó sobre él y le arañó la mano al tiempo que le mordía los dedos. El lutier dio

un grito y saltó hacia atrás. Su mano, lacerada, dejó caer la brocha, mientras el frasco de barniz se tambaleaba peligrosamente en el borde de la mesa.

Antes de que Arcadio pudiera poner el frasco a salvo, el gato lo rodeó con la cola y, retorciéndose con asombrosa elasticidad, escupió tres veces en el barniz. En seguida, el animal dio un brinco imposible y, atravesando la claraboya del techo, se perdió en la noche.

El frasco giró en el borde de la mesa durante un tiempo inconcebible. Cuando al fin se detuvo, ya Arcadio Stravidarius tenía la mano vendada.

Acostumbrado a las rarezas que rodeaban la construcción de aquel violín, el lutier dedujo que obligarle a barnizar con la mano izquierda debía formar parte del ritual imaginado por el príncipe. Pero le tomó desprevenido encontrar un sutil destello, por momentos verde, por momentos amarillo, en el rojo intenso del barniz.



No obstante, cuando la brocha terminó de recorrer el ondulado cuerpo del violín y la esbelta línea del arco, el caprichoso destello verde-amarillo se apagó sin dejar, en apariencia, huella alguna.

Al día siguiente, Soturno D'Antagno permaneció largos minutos inclinado sobre el violín y su arco, que reposaban en la calculada brisa que debía secarlos completamente.

—¿Todo en orden? —preguntó el príncipe.

—Se refiere al gato —respondió Arcadio Stravidarius, y mostró la mano vendada.

Los labios del príncipe se curvaron en una mínima sonrisa.

—La perfección exige sacrificios...

Y subió a su carroza, que esta vez tiraban sólo el caballo bayo y la yegua mora.

Arcadio Stravidarius notó que el príncipe parecía no tener la menor prisa.

—Volveré... —dijo sin más Soturno D'Antagno— en el momento oportuno.

—El estuche del violín sólo me llevará tres o cuatro días —lanzó

precipitadamente el lutier—. ¿Debo revestirlo de terciopelo escarlata, como dicta la moda, o su alteza prefiere otra cosa?

—Todo en su momento —replicó el príncipe, y dejó caer una bolsa de monedas de plata a los pies del lutier.

Cuando Arcadio Stravidarius enderezó la espalda, ya no quedaba huella del carruaje. Ni el crujido de los ejes ni el golpe de un casco llegó a sus oídos, y sobre el camino de tierra apisonada no se levantaba una sola nube de polvo.

Pasaron una, dos, tres semanas... y el príncipe no volvía. El lutier había tenido tiempo de sobra para construir el estuche y ansiaba entregar el Stravagantius a su caprichoso propietario. Al cabo de laboriosas averiguaciones, todo lo que consiguió saber fue que el príncipe había emprendido un largo y misterioso viaje.

Sintiendo que no podría construir ningún otro instrumento hasta dar por terminado aquel extravagante encargo, Stravidarius decidió emplear su mejor terciopelo, morado como el manto del príncipe, para tapizar el estuche por dentro. Pero al abrirlo descubrió, estupefacto, que ya estaba forrado de piel negra. Una piel de pelos suaves y cortos que parecía de liebre.

“Pero yo nunca he visto una liebre negra —se dijo Arcadio Stravidarius—. Negra como un gato negro.”

Tras un estremecimiento, el lutier metió el violín en el estuche y lo encerró en su armario de siete llaves, decidido a olvidarse de él y a consagrarse de una vez a los violines que seguían esperando el Rey, el Emperador y el Papa.

Algunas noches, el taller era atravesado por una vaga e inquietante melodía, a veces alegre y a veces triste, que parecía salir de ningún sitio. Una madrugada de luna nueva, el lutier tuvo la certeza de que era Stravagantius el que sonaba solo, encerrado en su armario.

Con mano temblorosa, el lutier soltó uno a uno los siete

cerrojos. Cuando al fin abrió la puerta de roble, en lugar del violín encontró una bolsa llena de monedas de oro sobre la cual dormía un gato recién nacido.

Arcadio Stravidarius no volvió a fabricar violines. Su salud declinó rápidamente, y dejó el taller en manos de su hijo Macario.

El gran lutier se retiró a una casita en el campo con la única compañía del gato, que era negro como el misterio y recibió el nombre de Mago, aunque nunca hizo nada fuera de lo común.

2

Sonata del extraño viajero

El viajero montaba un caballo bayo. Tras él, cargaba su equipaje una yegua mora, y más allá, trotando a su gusto, iba un potro hermoso, blanco de los cascos a las crines. Sólo le faltaba un cuerno largo y retorcido para parecer un unicornio.

Era evidentemente un caballero que viajaba desde hacía largo tiempo, pero sus ropas no lucían una mota de polvo, una mancha de barro ni un zurcido. Aunque, si viajaba sin paje, ¿quién se ocupaba de mantener sus pertenencias en tan perfecto estado?, ¿quién desensillaba y daba de comer al caballo bayo, a la yegua mora y al potro blanco?

Nadie podría decirlo, y menos aún explicar dónde dormía, qué comía ni cómo se aseaba. El viajero no se refugiaba en las posadas del camino ni pedía abrigo en granjas o castillos.

Todo el mundo se hacía preguntas al verlo llegar, pero nadie se hacía preguntas al verlo marchar. Es que, si la sorpresa era compañera obligada de su arribo, el olvido se instalaba a su partida.

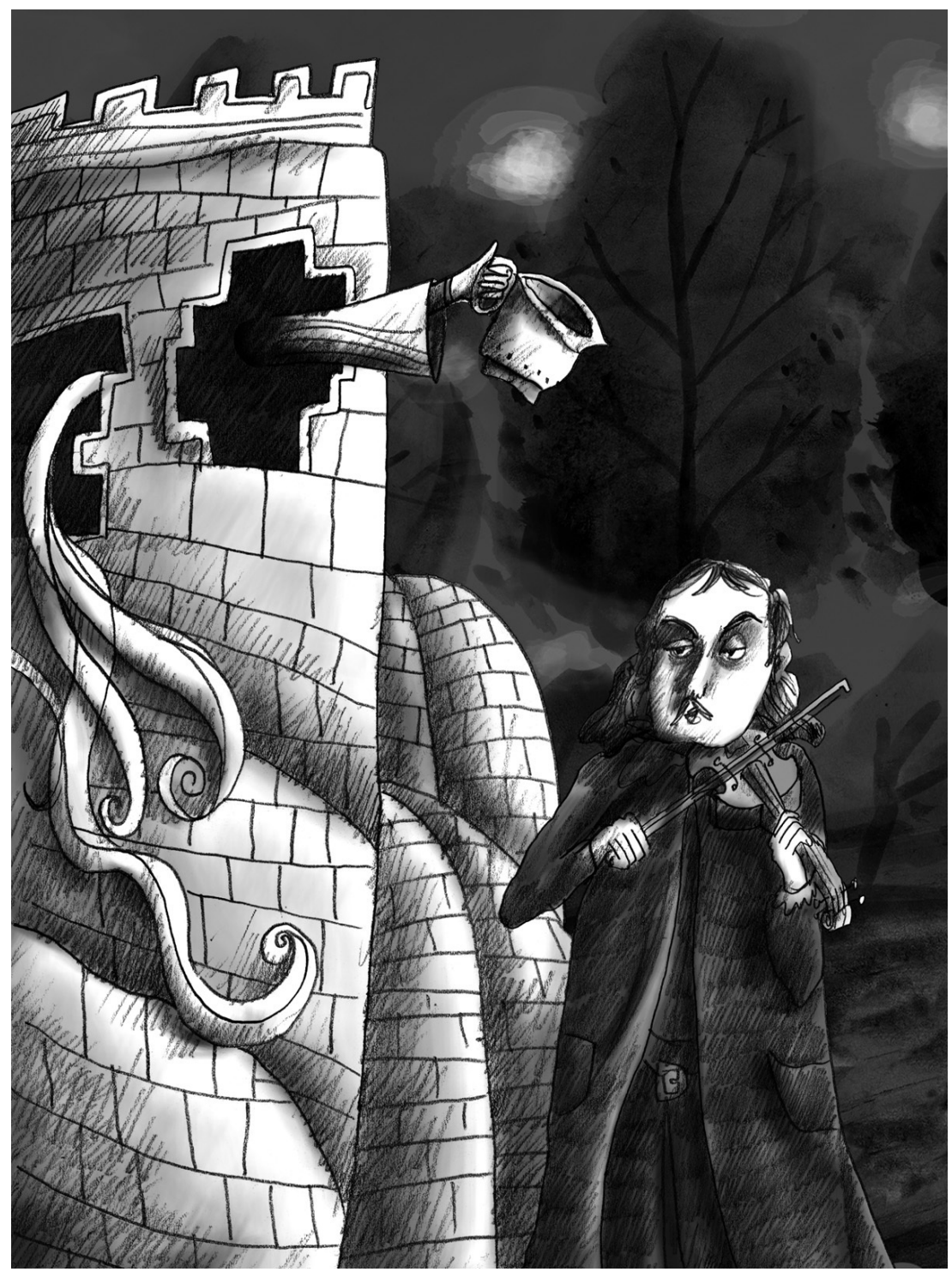
Si la presencia del viajero no dejaba huella en la mente de quienes le vieron pasar, tampoco las cosas que vio dejaron huella en el viajero.

Era como si en realidad el caballo bayo y su jinete, la yegua mora y el potro blanco no hubieran pasado por los bosques y sembradíos, por los palacios y monasterios, por las aldeas y ciudades que jalonaron su trayecto.

Pero el misterioso caballero no viajaba al azar. Él sabía muy bien lo que buscaba y dónde encontrarlo. Para ello recorrió tres mil leguas y cuatro países, indiferente como un sonámbulo. Hasta que avistó el objeto de su viaje y pareció despertar de un largo sueño.

Había llegado a un próspero burgo situado a orillas de un río, entre un bosque umbrío y un cerro cubierto de viejos pinos y coronado por un castillejo de murallas hurañas. El poblado debía su fortuna al río, pues sólo allí un puente conseguía cruzar las aguas revoltosas, y éstas aceptaban prestar su fuerza a un molino de granos y a una fábrica de paños que procesaban todo el trigo y la cebada, el lino y la lana cosechados en la comarca.

El río se llamaba Undoso Rumoroso y el poblado era conocido como Burgo Undoroso.



En el centro del burgo, frente a la misma plaza donde se alzaban la iglesia, el palacete del burgomaestre y las mansiones del molinero y del dueño de la fábrica de paños, se hallaban dos confortables posadas: El León de Oro y El Dragón de Bronce. Pero ni en una ni en otra buscó hospedaje el viajero. Y no porque careciera de dinero, pues al buhonero a quien preguntó el camino del castillejo, le arrojó una bella moneda de plata.

—Ese nido de arpiás no le abre sus puertas a nadie —le advirtió el vendedor ambulante—. Y nadie debería ser tan insensato para acercarse a la Dama Negra, la Dama Gris y la Dama Blanca.

Pero el viajero condujo su caballo bayo, su yegua mora y su potro blanco por el sendero que el buhonero, de todas formas, le había indicado. Y pronto se perdieron los cuatro entre los viejos pinos que cubrían el cerro.

Un portón de roble y hierro era la única abertura visible en las hurañas murallas del castillejo. Y en su única torre, sólo una ventana, herméticamente cerrada, miraba hacia afuera. El portón carecía de aldaba, así que el viajero golpeó con el pomo de su espada. Sus tres golpes retumbaron cuatro veces sin que nadie se dignara responder.

Entonces el caballero sacó de sus alforjas un estuche negro y de éste, un violín rojo fuego.

El violín era hermoso, pero más hermosa fue la melodía que de él brotó.

En realidad, los gestos del violinista carecían de la fluidez que hubiese requerido música semejante. Incluso, por momentos, se diría que las manos del instrumentista quedaban inmóviles mientras la melodía prolongaba su vuelo. Pero ¿quién se hubiera fijado en ello? Sólo los viejos pinos y las piedras de la huraña muralla parecían asistir al concierto.

El extraño músico atacó un segundo movimiento, todavía más

inspirado que el primero. Las cerdas de su arco comenzaron a oscurecerse y no tardaron en despedir una delgada columna de humo.

La ventana de la torre se abrió de repente, y una mano joven vertió sobre el viajero una jarra de agua clara.

Un rostro de pasmosa belleza y cabellera blanca como leche de luna, se asomó y dijo con tono burlón:

—¡Para resistir tanta pasión, tu arco necesita mejor cerda!

—He andado tres mil leguas buscándola —respondió el del violín color de fuego—. Pero más que la cerda me hace falta el amor puro que me convertirá en artista perfecto.

—¿Y piensas hallar semejante amor en esta comarca? —preguntó la muchacha, ahora sin burla.

La Dama Blanca y el extraño viajero se miraron. Y se miraron tanto tiempo como tardó en abrirse el portón de roble y hierro para dar paso a dos mujeronas de rostro pavoroso: una vestía enteramente de negro y la otra, enteramente de gris. La primera tenía ojos de lóbrega noche y la segunda, ojos de páramo neblinoso. Y fue con una misma voz, afilada y fría como un témpano de hielo, que gritaron:

—¡Largo de aquí, intruso, pordiosero, saltimbanqui, bandolero!

—No soy nada de eso, ásperas señoras —replicó el viajero—. Permítanme...

—Ni una palabra más —aulló la Dama Negra.

—Aléjate o soltaremos a los perros —rugió la Dama Gris.

—¿Por qué lo tratan así? —intercedió desde su torre la Dama Blanca—. Bien se ve que es un caballero.

—¡Tú calla y cierra esa ventana! —vociferó furiosa la Dama Negra—. ¿Olvidas que dentro de tres días vas a desposar al Gran Nigromante?

—¡Ningún otro hombre tiene derecho a oír tu voz ni a ver tus cabellos! —gruñó la Dama Gris.

—¿Desposar al Gran Nigromante...? —balbuceó el viajero.

Por toda respuesta, la Dama Gris crispó un puño y la Dama Negra alzó el cuello de su túnica. La ventana se cerró sola, golpeando casi a la Dama Blanca, y en seguida la torre se elevó siete metros.

Como si estuvieran fundidas en una sola pieza, las siniestras mujeronas se volvieron hacia el portón de roble y hierro.

—¡Un momento...! —pidió el viajero.

—Te habíamos prevenido —refunfuñaron éstas—: “Ni una palabra más... o soltaremos a los perros”.

Y alzando las manos, cargadas de pulseras negras y cenicientas, clamaron:

—¡Belcebú, Leviatán, Averno!

El portón se cerró con estruendo, al tiempo que una jauría de vientos, rayos y granizo se desataba sobre el indeseado visitante.

Por un instante, el extraño viajero se irguió como si se dispusiera a desafiar a los perros de ráfaga, hielo y centella que le echaban encima las siniestras mujeronas. Sin embargo, se retuvo, murmurando:

—¡Mejor que ignoren de lo que soy capaz: todavía no ha llegado el momento!

Y se perdió entre los viejos pinos, tras el caballo bayo, la yegua mora y el potro blanco que la mágica tormenta había puesto en fuga.

El viajero chasqueó los dedos y una fogata brotó de la nada.

Las llamas rojas se encargaron de alumbrar el centro del viejo pinar, mientras un haz de llamas verdes adquiría la apariencia de un paje, que se puso a preparar la cena, y un haz de llamas amarillas cobraba la apariencia de un palafrenero, que corrió a desensillar y alimentar al caballo bayo, a la yegua mora y al potro blanco. Los animales no mostraron nerviosismo; ni siquiera cuando la llamarada amarilla se armó de un guante de crin y comenzó a frotarles la piel.



Pasada la medianoche, el viajero sacó de su estuche el violín y el arco con la cerda chamuscada por el concierto ofrecido a la Dama Blanca. Los depositó juntos sobre su manto de terciopelo y, con gestos delicados pero resueltos, despojó el estuche de la piel que lo guarnecía, y ésta cobró al instante la forma de un gato negro con un ojo verde y el otro amarillo.

El gato se estiró, se frotó contra las piernas del hombre y comenzó a acicalarse tranquilamente con la lengua. Cuando terminó, su misterioso dueño le indicó la torre del castillejo, que se recortaba en la oscuridad, por sobre las copas de los viejos pinos. El felino asintió con la cabeza y salió disparado.

Corría exactamente igual que un gato común y corriente, pero cada movimiento lo propulsaba a varios metros de distancia. En cuatro minutos llegó al pie del castillejo y, en tres espectaculares saltos, escaló la torre. Toscos listones de roble tapiaban la única ventana. El gato comenzó a morder y arañar la madera, dejando en su dura superficie una serie de signos en apariencia sin sentido.

A las tres de la mañana, el extraño viajero decidió partir y ordenó a las llamas amarillas ensillar el caballo bayo, la yegua mora y, cosa inhabitual, el potro blanco. Este último recibió una montura enteramente blanca, con acolchados de terciopelo albino e incrustaciones de nácar.

Cuando el viajero pasó delante del castillejo, la Dama Negra y la Dama Gris abrieron el portón de roble y hierro para despedirle con burlas soeces.

—Te lo dijimos, intruso, pordiosero, saltimbanqui, bandolero. ¡Aquí no se te ha perdido nada!

El jinete, el caballo bayo y su yegua mora no les prestaron atención. Por su parte, las siniestras mujeronas no advirtieron que el potro blanco se escondía tras un rosal silvestre, cargado de menos

espinas que de perfumadas rosas.

Dos horas después, la Dama Negra y la Dama Gris dormían el pesado sueño de los malvados, mientras la Dama Blanca franqueaba la ventana de su torre. Los listones de roble, obedeciendo las órdenes que el gato había escrito con sus uñas y dientes, se transformaron en una escalera que llegaba al sitio exacto, tras las hurañas murallas, donde esperaba el potro blanco.

El potro nunca había sido montado, pero aceptó a la Dama Blanca como si no hubiese esperado otra cosa en su vida. Galopó raudo y silencioso, cerro abajo y luego bosque adentro, hasta el claro donde aguardaba el extraño viajero.

La luna nueva alumbró a la pareja en el momento en que la Dama Blanca, con gesto hechicero, se despojó de su magnífica cabellera y la tendió entre los extremos del arco. El extraño viajero tomó el arco con la mano derecha, y con la izquierda se llevó el violín al hombro. Paseó por las cuerdas la nueva cerda, de humanos cabellos, y la música brotó tan seductora que los árboles cercanos tendieron sus ramas, queriendo atraparla.

El violinista miró a la Dama Blanca con ojos enamorados y, sin soltar arco ni violín, la abrazó. Al cabo de un momento, ella se apartó dulcemente y besó la mano derecha del hombre: un anillo de plata pura se enroscó al instante en su dedo anular. La muchacha invitó a su amante a tocar, y esta vez la música fue tan fascinante que los árboles más cercanos consiguieron sacar sus raíces del suelo y se acercaron a escuchar.

El músico se interrumpió, emocionado. De su ojo izquierdo brotó una lágrima que la Dama Blanca enjugó con el dorso de una mano. Transformada en esmeralda, la lágrima se sujetó a su dedo anular con un cordón de oro, símbolo de alianza.

Los amantes se contemplaron mientras el violín, se diría que por decisión propia, dejaba escapar una melodía tan sublime que

comenzaron a vibrar hasta las piedras del bosque, del camino y de las hurañas murallas, allá en el cerro.

Aquel temblor mineral acabó por interrumpir el pesado sueño de la Dama Negra y la Dama Gris.

Las siniestras mujeronas no necesitaron subir a la torre para comprender que la Dama Blanca había huido y estaba en brazos del viajero. Su furia doble multiplicó su poder, y éste se abatió con más fuerza sobre los amantes que la ternura desarmaba.

Una nube doble, gris y negra, tapó a la luna nueva.

Ese fue el único aviso de la desgracia. Debió bastar, pero la Dama Blanca y el extraño viajero tenían, en ese momento, los ojos cerrados. Y cuando los abrieron, el rayo doble, helado y mortífero como un hacha de dos filos, caía ya sobre ellos. Con su borde negro, el rayo hirió las manos unidas, cortando impiamente los dedos que portaban el anillo de plata pura, y la alianza de oro y esmeralda. Mientras, con su borde gris, el rayo golpeó en el rostro al viajero, arrancándole un ojo.

Al ver caer a su amado, la Dama Blanca lanzó un alarido de espanto que las dos mujeronas convirtieron en burbuja de hielo.

La muchacha quedó atrapada en la burbuja, sin deseos ni defensa, y así la trasladaron al castillejo de murallas más hurañas que nunca.

La Dama Negra y la Dama Gris consagraron las tres noches y los dos días que quedaban para la boda a disimular, mediante poderosos encantamientos, los cabellos y el dedo que había perdido la Dama Blanca.

El día de la boda, el Gran Nigromante sólo tuvo ojos para la belleza de la Dama Blanca.

La peluca, hecha de las crines del potro blanco, se adhería de manera perfecta, con magia imperceptible. Y los guantes, hechos de la parte más fina y más blanca de la piel del potro, se fundían con la piel de la muchacha tan armoniosamente que resultaba casi

imposible advertir la ausencia del anular en su mano derecha.

La Dama Negra y la Dama Gris se hincharon de satisfacción al comprobar que podían engañar al poderoso Nigromante. Olvidaban que sólo la inmensa vanidad del mago mismo explicaba que ni siquiera notase la desdicha inmensa de la muchacha.

El cortejo nupcial se encaminó a la capilla del palacio nigromántico, y frente al altar de barro se arrodillaron la Dama Blanca y el Gran Nigromante. En lugar de un sacerdote, les exigió juramento de amor y fidelidad una réplica del propio mago vestida con sayón parduzco y con una cruz al revés colgando del pecho.

Pero en el momento de intercambiar los anillos, en lugar del órgano que se aprestaba a ejecutar otra réplica del Nigromante, se escuchó el sonido deslumbrante de un violín.

Era el violín del viajero, que las siniestras mujeronas daban por muerto, que se tocaba a sí mismo. La melodía era sublime, dolorosa como un amor sincero asesinado en su nido, y tan potente que con sólo siete compases arruinó los encantamientos de la Dama Negra y la Dama Gris. La vanidad abandonó los ojos del Gran Nigromante, quien vio entonces los falsos cabellos y la mano mutilada de su desdichada novia.

La cólera del mago supremo fue tan grande que su cuerpo creció hasta derrumbar la capilla nigromántica, y desde sus ruinas humeantes declaró con un vozarrón que estremeció valles y montañas:

—Desde hoy no habrá más bellas hechiceras: la Dama Blanca quedará como reliquia, así como la veis: sin cabellos y con nueve dedos. En adelante, cuanta mujer trajine con magia dará a cambio su belleza, sus cabellos y su dedo anular.

Sus palabras cobraron efecto al instante: la Dama Blanca quedó transformada en figura central de un tapiz de lustrosa seda: de pie junto a un potro blanco como leche de luna, una joven de pasmosa belleza, sin cabellos y con expresión desolada, daba la espalda a un castillejo de murallas hurañas.

Al mismo tiempo, la Dama Negra y la Dama Gris quedaron calvas como calaveras, sus rostros se llenaron de pliegues y verrugas, sus manos derechas perdieron el dedo anular, y en sus bocas no quedó más que un fatídico colmillo negro.

Esa noche, en un rincón del bosque umbrío, el mal herido viajero fue socorrido por un haz de llamas verdes, mientras una llamarada amarilla traía de las riendas al caballo bayo y a la yegua mora. Cuando pudo valerse, el hombre guardó en su estuche el violín, aún húmedo de su sangre, y el arco con cerda de cabellos humanos, y recogió los restos de la sortija de oro y esmeralda.

El metal se había fundido con el fuego negro del rayo doble y ahora parecía una hoja de álamo dorada por el otoño. En su centro, como un resto de primavera, fulguraba la esmeralda.



Poca magia podía utilizar en esos momentos el viajero, pero cuando acercó a su rostro lacerado la hoja de oro con la esmeralda en el centro, ésta se posó en la cuenca vacía que le había dejado el fuego gris del rayo doble. Con aquel ojo de piedra y metal, nada podía ver, sin embargo todo el dolor cesó. El amor de la Dama Blanca y las pocas horas de felicidad que habían compartido, fueron un bálsamo más poderoso que cualquier encantamiento.

En los meses siguientes, mientras se alejaba del país de las tres damas, el viajero recuperó poco a poco sus poderes. Pero nunca pudo unir a su mano el dedo con el anillo de plata, obsequio de su amada.

Tres años después, cuando de su anular no quedaba más que el hueso, lo convirtió en talón del arco de su violín. Sólo entonces, volvió a tocarlo.

3

Anturno Sotagno, el violinista genial

Siete años después de la muerte de Arcadio Stravidarius, cuando ya nadie se acordaba de Soturno el Oscuro ni del violín Stravagantius, comenzó a recorrer las plazas, teatros y palacios el más fantástico violinista de todos los tiempos. Era un hombre sin edad, fino y ágil como un gato, que sólo dejaba ver un ojo verde y mantenía el otro oculto tras una delgada hoja de oro. Algunos lo llamaban Anturno y otros, Sotagno; pero él nunca aclaró cuál era realmente su nombre.

Sin embargo, lo más extraordinario era que cuando aquel violinista tocaba una melodía alegre, la gente reía; cuando tocaba una composición triste, la gente lloraba, y cuando tocaba canciones de amor, la gente se enamoraba. Se le temía tanto como se le admiraba porque cuando la melodía de su violín era amarga, la gente se enfermaba, y cuando era violenta, la gente se peleaba. No pasó mucho tiempo antes de que alguien asegurase que, cuando el misterioso instrumentista así lo decidía, su música mataba.



Lo cierto es que mucho de extraño rodeaba al violinista. Para comenzar, su mano derecha sólo contaba con cuatro dedos, pero cuando tocaba, todos veían los destellos del anillo de plata pura que ornaba el dedo faltante.

Se murmuraba mucho a propósito de Anturno, Sotagno o como quiera que se llamara. Algunos afirmaban que la sola presencia del violín ya provocaba los más intensos estados de ánimo. Otros sostenían que el violín, con todo y ser un instrumento excepcional, debía su poder a las manos que lo empuñaban... que eran las del mismísimo diablo.

Tanto se rumoró que no faltó quien, tras alguna inexplicable tragedia, amenazara silenciar a la temible pareja. Pero todos los que intentaron apoderarse del violín perdieron la razón, y si alguien atentó contra la persona misma del artista, ni siquiera vivió para contarlo.

Por veintiún años, sin que envejeciera una arruga o una cana, Anturno Sotagno recorrió los más prestigiosos escenarios, y entonces se esfumó tan extrañamente como había aparecido.

Fue en su último y más inspirado concierto. Durante aquellas dos horas sublimes, los ciegos lograron ver y los tontos pudieron comprender; los viejos se sintieron rejuvenecer y los más incautos jóvenes alcanzaron cumbres de sabiduría; los egoístas saborearon el vino de la generosidad y los crueles, la miel de la bondad. También hubo justos que sintieron la tentación del crimen y corazones enamorados que el tedio agrietó. Más extraordinario todavía, dos vejestorios murieron durante el entreacto, con la misma sonrisa de paz en los labios, y tres mujeres alumbraron preciosos trillizos.

Con la nota final, las luces se apagaron y retumbó la mayor ovación de la historia de la música. Cuando de nuevo se hizo la luz, el escenario estaba vacío; el violín yacía solo en el banco que ocupara poco antes el concertista.

Un mendigo contó que, mientras tronaban los aplausos, había visto salir del teatro a una vieja calva, toda vestida de negro, con un arco de violín debajo del brazo. Por supuesto, nadie le creyó.

Los expertos invitados a examinar el instrumento abandonado, certificaron que se trataba nada menos que del último violín fabricado por Arcadio Stravidarius; aquel Stravagantius misterioso que costara la salud al mayor lutier de todos los tiempos y que desapareciera, de manera inexplicable, casi al mismo tiempo que el príncipe Soturno D'Antagno.

El Rey ordenó a sus mejores policías encontrar al esfumado Anturno Sotagno y, de paso, recuperar el arco desaparecido.

El violín fue depositado, tal como lo habían encontrado la noche del fatal concierto, con banco, estuche y demás, en la cámara del tesoro imperial. Si bien todo el mundo conocía su inmenso valor, reconocía su admirable belleza y celebraba su incontestable perfección, muchos empezaban a culparlo por la desaparición de su célebre propietario.

Otro factor en contra del violín: nadie consiguió arrancarle el más mínimo sonido. Siete arcos, todos salidos del taller Stravidarius y empuñados por los mejores músicos del imperio, frotaron sus cuerdas... ¡en vano!

El Papa, que nunca superó su frustración por el violín divino que Arcadio Stravidarius no llegó a construirle, decidió excomulgar al problemático Stravagantius.

Se le acusó formalmente de “asesinato y sustracción de cadáver mediante procedimiento diabólico”. Como prueba del crimen, se presentó la delgada hoja de oro que antes cubría el ojo izquierdo de Anturno Sotagno y que habían encontrado, junto con una esmeralda de la forma y tamaño de una pupila humana, en el banco utilizado por el concertista.

Un hilillo escarlata unía la hoja de oro, la esmeralda y el violín. “¡Sangre!”, gritaron los más impresionables, opacando las voces de quienes sólo veían una hebra del terciopelo con que estaba tapizado

el banco.

El caso es que al Emperador no le quedó más remedio que sacar al Stravagantius de la cámara del tesoro imperial y ordenar su eliminación.

La ceremonia tendría lugar en público, para que así terminaran los murmullos, los chismes y las leyendas en torno al inquietante violín. La plaza de la catedral era grande, pero se llenó de gente. La torre de la catedral era alta, pero la pila de leña que debía carbonizar al instrumento maldito era casi igual de elevada.

La hoguera se encendió con un siniestro ¡fluuush! Llamadas rojas y ardientes chamuscaron las barbas de los más cercanos espectadores y agrietaron los adoquines del suelo. Pero apenas arrojaron el violín a la pira, el colosal fuego se puso amarillo, luego verde, y terminó por apagarse con bufidos de gato malhumorado. Un poderoso golpe de brisa se llevó el humo y las cenizas, y entre los negros carbones apareció, perfecto y desafiante, el mágico Stravagantius.

Después de tan sonado fracaso, el Rey y el Emperador acordaron condenar al violín a exilio perpetuo.

Sin su nunca encontrado arco, sin el estuche y sin la delgada hoja de oro y la esmeralda en forma de pupila, que habían sido extraviados en algún rincón de la cámara del tesoro imperial, el indestructible Stravagantius fue encerrado en una caja de plomo que guardaron en un cofre de bronce metido a su vez en un arcón de hierro. El arcón fue secretamente trasladado hasta una fortaleza en los confines del imperio y allí, bajo las pesadas baldosas de granito del subterráneo más profundo, fue enterrado.

—¡Que no se hable más del asunto! —clamó el Papa, en latín, después de una misa.

Y así fue durante dos siglos.

4

El concierto de la bruja

Una mañana, en la famosa escuela de violinistas del maestro Arpegio Corchea, se presentó una viejecita toda vestida de negro.

En realidad no era una viejecita, sino una viejuca, una malvada, taimada y poderosa bruja. Pero una rizada peluca blanca impedía ver que era calva como una calavera, un espeso velo disimulaba el solitario colmillo negro de su boca cruel y los guantes, que muchas damas de su edad usaban todavía, impedían ver que sólo tenía cuatro dedos en la mano derecha.

Así que cuando pidió ver al director de la famosa escuela de violinistas, no la hicieron esperar.

“No sea que esta pobre anciana se me muera en la antesala”, se decía el conserje mientras conducía a la viejuca a la oficina de Arpegio Corchea.

—¿Qué puedo hacer por usted, buena señora? —preguntó el maestro.

—Quiero hacer una donación a su prestigiosa escuela de música —respondió con voz suavcita la bruja Viejaruca.

—¿No me diga? —exclamó el maestro—. Pues mire que se lo agradezco, porque en estos tiempos de crisis el dinero no sobra.

—No es dinero lo que le traigo —aclaró la bruja, que por supuesto era una tacaña—. Lo que voy a regalarle es un violín. Un instrumento al que su creador, el famoso Macario Stravidarius, dio el nombre de Strafalaris.

—¡Oh...! —dijo el maestro Corchea, impresionadísimo—. ¡Un violín de Macario Stravidarius, nada menos!

La Viejaruca mentía. Ella sabía perfectamente que aquel violín había sido creado por Stravidarius padre y que se trataba nada menos que del peligroso Stravagantius. Tres generaciones de brujas habían invertido su talento y sus mañas en localizarlo y sustraerlo, sin que nadie se diese cuenta, de una inaccesible fortaleza colonial. Sus intenciones eran perfectamente malignas y para convertirlas en hechos, la bruja debía ocultar la verdadera identidad del instrumento.

—El violín Strafalarius ha de ser para el mejor músico que haya en la ciudad —aclaró la Viejaruca—. Es de sobra conocido que sólo un violinista de verdadero talento puede hacerlo sonar.

El maestro Corchea prometió que así sería, y la bruja se sacó del sombrero un violín precioso: su color era el rojo dorado habitual en los instrumentos Stravidarius, pero la cinta del arco era de un material nunca visto.

—Crines de unicornio —afirmó la bruja, muy seria—. Y las cuerdas son de tripa de basilisco.

En cuanto quedó solo, Arpegio Corchea quiso probar el fabuloso instrumento. Se puso el violín en el hombro, respiró profundamente y pasó el arco de supuestas crines de unicornio por las presuntas cuerdas de tripa de basilisco.

Pero... ¡nada!

No escuchó nada.

Ni el menor sonido salió del violín.

Después de intentarlo tres veces, el maestro Corchea tuvo que rendirse.

—¡Oh, decepción inmensa! ¡Ay, revelación amarga! —gimió—. ¡Soy un violinista mediocre, incapaz de arrancarle una nota al magnífico Strafalarius!

Tras siete días de congoja, sin atreverse a poner un pie en su escuela de música, el maestro Corchea decidió poner a prueba a sus mejores alumnos.

Los estudiantes seleccionados para el concierto de fin de año fueron invitados a pasar el arco de supuestas crines de unicornio sobre las presuntas cuerdas de tripa de basilisco. Pero nadie consiguió sacarle ni un gemido al caprichoso instrumento.

Sintiéndose un poco menos humillado, Arpegio Corchea decidió invitar a los demás maestros de la ciudad a que vinieran con sus mejores alumnos a probar el violín atribuido a Macario Stravidarius.

¡Y tampoco! Ni uno fue capaz de hacerlo sonar.

La tristeza y la amargura se apoderaron de todos los violinistas de la ciudad: nadie, ni alumno ni maestro, parecía poseer talento suficiente para tocar tan selecto instrumento.

Fue entonces que la bruja Viejaruca pasó, como por casualidad, a saludar al maestro Corchea. Siempre con sus falsos aires de gentil ancianita, le sugirió organizar un concurso internacional.

Le pareció una idea luminosa a Arpegio Corchea: ¡el premio sería precisamente el violín!

—Esto traerá la gloria sobre nuestra ciudad —declaró el maestro mientras pensaba: “¡Y mandará al maldito violín bien lejos, donde deje de poner en duda la calidad de nuestros músicos, sean estudiantes novicios o fogueados profesores!”

Para que el mundo civilizado lo supiera, y concursaran violinistas de fama acrisolada, Arpegio Corchea pidió ayuda a su amigo el alcalde, quien obtuvo el apoyo del general-presidente de la república, que no entendía nada de música pero se hacía llamar “Eximio Protector de las Artes y la Industria”, y todo lo hacía en grande.

El concurso fue acogido con entusiasmo. Confirmaron su participación los mejores violinistas del mundo.

El día señalado acudieron al Espectacular Teatro Calderón Cervantes de La Vega, el general-presidente y la generala-primer dama, el alcalde y la alcaldesa, los condes y las marquesas, la estrella del cine nacional y su apuesto galán. Estaban todos los ricos y ricas, famosos y famosas, que podían pagarse un palco, y

numerosos ciudadanos de a pie, que colmaron el patio de butacas y la galería popular.

Diecisiete laureados concertistas habían atravesado los siete mares, dispuestos a apostar su talento contra el violín de supuestas crines de unicornio y presuntas cuerdas de tripa de basilisco.

Todos se pusieron el violín en el hombro y movieron el arco con destreza e inspiración. Pero los primeros catorce se revelaron incapaces de quebrar el testarudo silencio del violín.

Ya el selecto auditorio comenzaba a pensar que el instrumento era sencillamente mudo, cuando el concursante número quince, una violinista quinceañera que ya había dado quince mil recitales, consiguió arrancarle una quincena de notas.

—¡Oh...! —exclamó la esclarecida concurrencia.

La mitad gritó de admiración, porque al fin el violín había sonado. Pero la otra mitad chilló por un repentino e inexplicable temblor de huesos.

El violinista número dieciséis, que llevaba el mismo número de años de carrera y se llamaba Diec Iséiz, consiguió completar media partitura. El efecto fue desastroso: la música era tan intensa que causaba dolor de muelas. El indignado público culpó al violinista, pero él salió peor parado: obtuvo dos caries y una inflamación que le condenó a dieciséis días de reposo absoluto.

Nadie se daba cuenta del peligro... salvo una vieja, toda vestida de negro, que disimulaba su cabeza calva, los cuatro dedos de su mano derecha y la maléfica sonrisa de su único colmillo negro en la penumbra de su palco.

Y llegó el turno del concursante número diecisiete. Era el mejor violinista del planeta: diez reinos, cuatro repúblicas y tres dictaduras lo habían condecorado. Nadie quiso perderselo: ni los que tenían temblor de huesos, ni los que sufrían de dolor de muelas. Lo llamaban el Gran Sietededos porque parecía disponer de un dedo para cada nota.

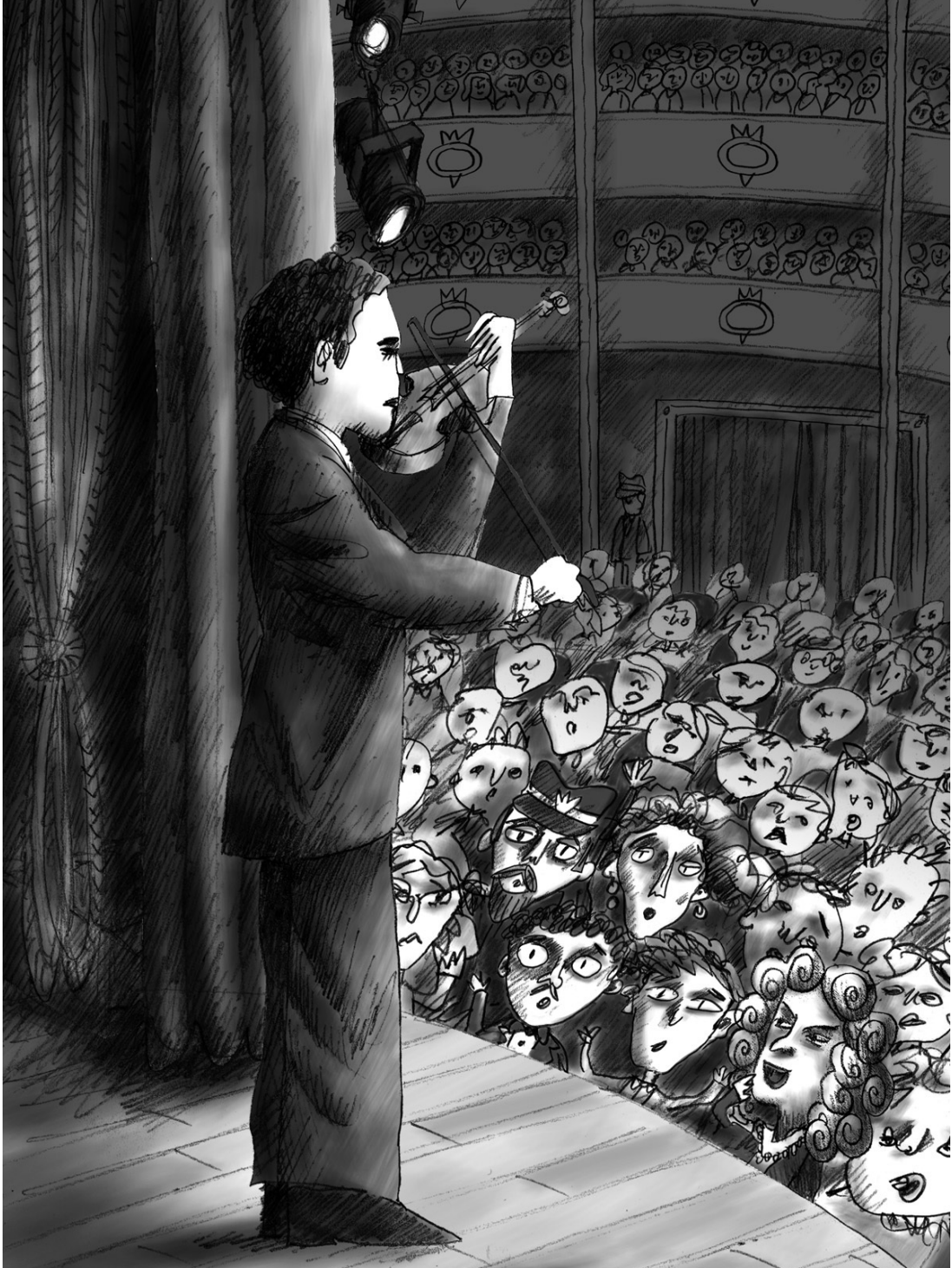
Sietededos agarró el arco de supuestas crines de unicornio, se

puso el violín color de fuego en el hombro y atacó las presuntas cuerdas de tripa de basilisco con tal entusiasmo que todo el mundo escuchó, sin poder pestañear ni moverse de su asiento, un concierto entero.

Y fue la catástrofe.

A la mitad de los presentes se les cayó el pelo y a la otra mitad le encaneció. El maestro Corchea se quedó sordo de un oído y el propio Sietededos, reumático. Al general-presidente se le cayó el bigote y se le puso voz de niña, y a la generala-primer dama se le descosió la última cirugía plástica. El alcalde se quedó bizco y a la alcaldesa le crecieron las orejas. Los condes enfermaron de los codos y las marquesas se pusieron patitiesas. A la estrella del cine nacional se le llenó la cara de granos y a su galán le creció la barriga.

La única que se levantó y aplaudió fue la bruja.



Pero sus aplausos eran tan dañinos como la música del violín encantado. A cada palmada de la terrible Viejaruca se caía una pared o un trozo de techo. El público emprendió la fuga, pero muchos alcanzaron a ver cómo la bruja se montaba en una escoba y salía volando mientras el Espectacular Teatro Calderón Cervantes de La Vega terminaba de desplomarse.

Todos se preguntaron por qué la Viejaruca les hacía aquello: ¿por pura maldad, por encargo de una potencia enemiga o porque odiaba la música? Hubo quienes dijeron que lo hacía por venganza. Estaban en lo cierto, pero sin sospechar ni remotamente de qué ni de quién se vengaba.

El general-presidente mandó capturar el violín, romperlo a hachazos y disolver sus restos en un barril de ácido sulfúrico.

La ciudad entera acudió a la ejecución de la sentencia, que tendría lugar en el Monumental Estadio Sansón Hércules Atila.

Esta vez estaban todos: el general-presidente sin bigotes y la generala-primera dama toda arrugada, el alcalde que se había quedado bizco y la alcaldesa orejona, los condes con dolor de codo y las marquesas patitiesas, la estrella de cine con granos y el galán barrigón, los ricos calvos y las famosas canosas... además de quienes habían escapado a la desgracia porque no cupieron en el Espectacular Teatro el día del nefasto concierto, pero que ahora podían entrar al Monumental Estadio.

Todos pedían revancha. Nadie quería perderse el final del violín culpable.

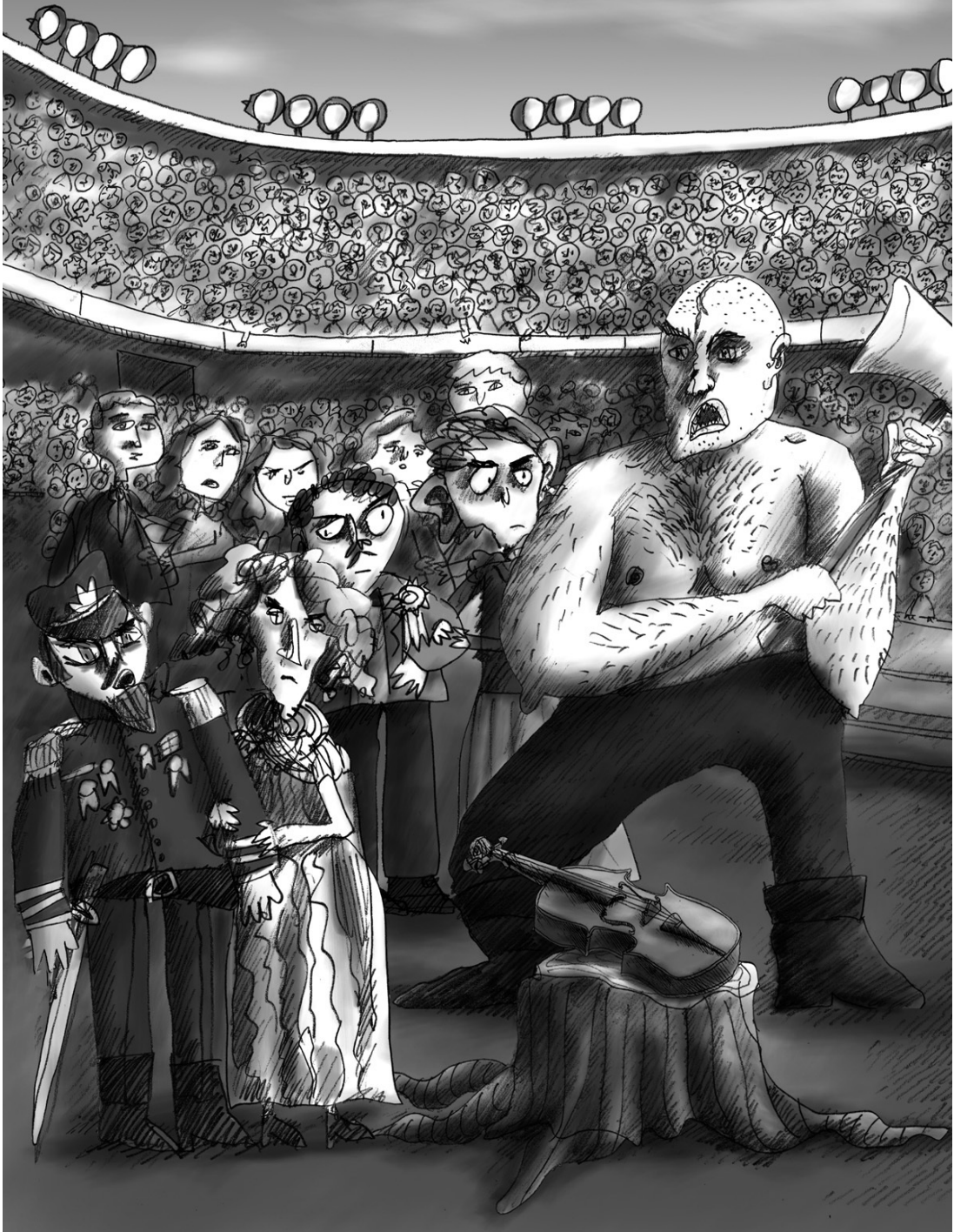
Y llegó el verdugo.

Se llamaba Cadalso Fatal. Era musculoso y mal encarado, tenía pelos en la lengua, olor de pies y una cicatriz, tan ancha y profunda como un hachazo, que le partía en dos el cráneo rapado.

Cadalso Fatal miró a la multitud con un ojo y al violín con el

otro. Sonrió con sus colmillos de vampiro y todos se echaron a temblar; infló sus músculos de mastodonte y temblaron todavía más. Pero entonces recordaron que era el Stravidarius el que recibiría los mortíferos hachazos, y se pusieron a aplaudir: ¿quién mejor que él para infligir al infame violín el castigo que merecía?

En medio de un reverente silencio, el musculoso verdugo levantó su hacha de hierro y descargó un golpe bestial sobre el violín. El hacha se rompió y el violín no sufrió ni un arañazo. El musculoso y mal encarado verdugo levantó su hacha de acero y descargó otro golpe fenomenal sobre el violín. El hacha se rompió y al violín no se le partió ni una cuerda. El musculoso, mal encarado y enfurecido verdugo levantó su hacha de titanio y descargó un tercer golpe demencial sobre el violín. El hacha se rompió y al violín no sólo no le ocurrió nada, sino que dejó escapar un chorro de notas que pulverizaron todos los vidrios del estadio.



El general-presidente no se dio por vencido y, olvidando que ahora tenía voz de niña, ordenó con furiosos chillidos:

—¡Tírenlo al barril de ácido!

La pavorosa musculatura del verdugo había sido ridiculizada y su colección de hachas estaba arruinada. Así que la sonrisa de Cadalso Fatal fue sádicamente rencorosa cuando agarró el violín con sus rudas manazas y lo tiró al barril de ácido sulfúrico.

El ácido se puso a burbujear furiosamente, desprendiendo un vapor pestilente que, en oleadas verdes y amarillas, se extendió por el Monumental Estadio Sansón Hércules Atila, donde nunca más creció la hierba. Pero cuando cesó el burbujeo y se disipó el vapor, el público descubrió, atónito, que en el fondo del barril se encontraba, invicto y desafiante, el sublime Stravidarius.

5

El destino extraordinario del Stravagantius

El catastrófico concierto y la fracasada ejecución del violín causaron una conmoción nacional. La prensa extranjera aprovechó para criticar al retrógrado régimen del general-presidente, culpable de mantener a su pueblo, en pleno siglo xx, en la creencia de brujas, encantamientos y maldiciones.

Pero cuando la noticia llegó al castillo del príncipe Sagaz D'Antagno, éste comprendió enseguida que el supuesto Strafalarius no era otro que Stravagantius, el violín construido por Arcadio Stravidarius para su tátara-tátara-abuelo Soturno el Oscuro.

“Han debido pasar dos siglos y ha ocurrido al otro lado del océano —se dijo el príncipe—, pero yo sabía que el violín embrujado volvería a hacer de las suyas.”

Y reservó enseguida un pasaje de primera en el vapor *Gigantic*, el más rápido de la época, para trasladarse a la capital latinoamericana donde el Stravagantius acababa de reaparecer.

Al desembarcar, Sagaz D'Antagno encontró un país en revolución. El asunto del violín embrujado había desencadenado una crisis política, y el general-presidente había sido destituido, degradado y desterrado. Mientras se organizaban las primeras elecciones libres en cuarenta y siete años, el gobierno provisional había nombrado una comisión de expertos para decidir el destino del

subversivo instrumento.

Los expertos eran completamente inexpertos y estaban en desacuerdo sobre el supuesto Strafalarius. Unos lo calificaban de reliquia revolucionaria, le agradecían la caída del general-presidente y reclamaban su introducción, con discurso y fanfarria, en el Museo Nacional. Otros lo tildaban de emblema de la reacción, enumeraban los daños humanos y materiales que había causado al país, y exigían la “rápida y completa neutralización del peligroso elemento”.

La llegada de Sagaz D’Antagno puso fin a la discusión.

—Macario Stravidarius no construyó ningún violín llamado Strafalarius —aclaró—. El violín que tantos trastornos ha creado no es otro que el fabuloso Stravagantius, la última y mejor creación del lutier más importante de todos los tiempos: Arcadio Stravidarius, padre de Macario.

El príncipe Sagaz llevaba años investigando la misteriosa existencia de su antepasado, Soturno el Oscuro. Por eso se había interesado en la vida y obra de Stravidarius, dedicando especial atención al temible Stravagantius.

—Ese violín pertenece a mi familia, no sólo porque lo encargó y pagó el príncipe Soturno D’Antagno, sino porque su alma y quizá parte de su cuerpo están encerrados en él.

—¿Y cómo es que el violín fue a parar a manos de la bruja Viejaruca? —preguntó el presidente de la comisión—. No me irá a decir que esa funesta señora es miembro de su familia.

—Al contrario, la Viejaruca es enemiga mortal de los D’Antagno. Lo es porque, de una manera difícil de explicar, está irremediablemente ligada a nosotros —explicó el príncipe Sagaz—. Un mago poderoso es capaz de hacer muchas cosas, pero no puede encantarse a sí mismo. La desaparición de Soturno el Oscuro ocurrió poco antes de la aparición del genial violinista Anturno Sotagno. Si, como yo creo, ambos no fueron más que una misma y única persona, alguien tuvo que ayudar a mi antepasado a conseguir su transformación de rústico aristócrata casi medieval en refinado

concertista. Sospecho que una joven y hermosa hechicera, enamorada del príncipe Soturno, le ayudó, provocando la furia vengativa de las siguientes generaciones de brujas.

—¡Bueno, bueno! —interrumpió el asesor político de la comisión—. Todo eso pertenece a un pasado tenebroso y nuestro país está enfrascado en la construcción de un futuro luminoso. Firme usted este recibo, y llévese el dichoso violín.

—Pero nada de tocar la más mínima melodía —advirtió el presidente de la comisión de inexpertos expertos.

—No se preocupe —respondió el príncipe—. Desde hace dos siglos, ningún D'Antagno ha tomado clases de música. Tenemos sobradas razones para creer que eso puede costarnos la vida... e incluso mucho más.

El Stravagantius había sido encerrado en el sector de alta seguridad de la Prisión Central. Cuando mostró la orden de extradición del violín, el príncipe Sagaz fue acogido con los brazos abiertos.

—Lléveselo enseguida —dijo el funcionario carcelario—. En fin, si puede...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el príncipe.

—Al ingresar en la Prisión Central, el condenado violín se tocaba solo, creando inquietud y zozobra entre los demás reclusos. Por eso mandamos el arco al Presidio Modelo, que está en la desértica Isla de la Vejez, a setecientos kilómetros de aquí. Pero desde entonces, nadie se atreve a entrar en su calabozo.

—¿Por qué?

—Separado de su arco, el violín se ha vuelto muy agresivo. Atacó a tres carceleros, causando heridas leves a los dos primeros y la hospitalización urgente del último... Y eso que era un miembro de la policía anti-motines, equipado con casco y coraza.

—Estoy seguro de que Stravagantius reconocerá en mí a un miembro de la familia.

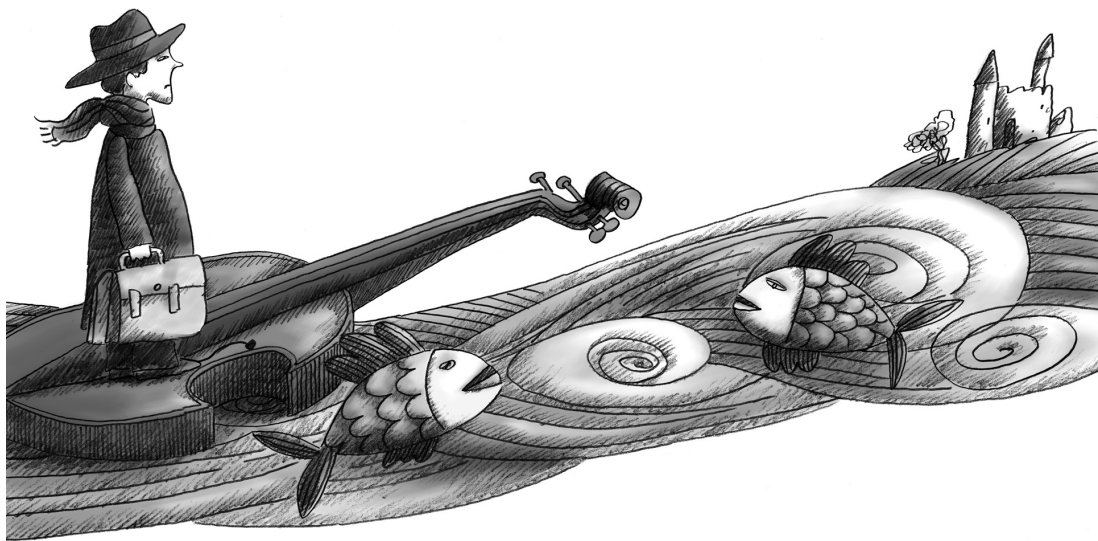
El funcionario penitenciario miró fijamente al príncipe.

—Yo no le veo a usted cara de violín.

Sagaz D'Antagno no estaba dispuesto a contarle a todo el mundo la historia de Soturno el Oscuro y el Stravagantius, así que se limitó a responder:

—Condúzcame al calabozo, por favor.

Dos guardias con casco, coraza y escudo se colocaron a ambos lados del portón de hierro. Abrieron sólo lo suficiente para que Sagaz, quien era delgado como un arco de violín, pudiese entrar. Stravagantius estaba posado en un banco de piedra, en el rincón más oscuro del calabozo. Al sentir la presencia del joven D'Antagno, dejó escuchar una nota interrogativa.



El príncipe se sacó de la capa un estuche de violín. Por fuera era de cuero común, como el de cualquier instrumento musical, pero por dentro, el estuche estaba tapizado con una piel de pelos sedosos y oscuros. Según la tradición era piel de liebre, pero un famoso naturalista de Viena afirmaba que pertenecía a una misteriosa raza de gatos de ojos bicolors cuyo único ejemplar había sido visto dos

siglos atrás.

Allí donde debía apoyarse la cabeza del violín, el estuche lucía una joya magnífica, formada por una delgada hoja de oro con una esmeralda, cuyo aspecto y tamaño hacían pensar en una pupila, engastada en el centro.

Un destello verde y otro amarillo saltaron de la joya al violín, el cual se alzó en el aire como portado por una mano invisible y fue a tenderse en el estuche.

“Al fin nos encontramos, revoltoso Stravagantius D’Antagno — murmuró el príncipe—. Espero que aceptes la tregua que he venido a proponerte.”

6

El secreto del arco rebelde

El príncipe Sagaz D'Antagno regresó a su castillo sin el arco del Stravagantius, pues no consideró prudente que ambos viajasen en el mismo navío. Pudo ser mera coincidencia pero el caso es que, según el comandante, el vapor *Gigantic* nunca había surcado un océano Atlántico más apacible.

Después de encerrar el violín en un museo de su país, el príncipe emprendió un segundo viaje transoceánico, esta vez en busca del arco.

El director del Presidio Modelo de Isla de la Vejez, contó al príncipe que al principio de su condena el arco había generado disturbios y protagonizado sendas tentativas de fuga. Pero durante el mes y medio transcurrido desde el regreso del violín a Europa, el arco se había comportado de manera ejemplar.

De todos modos, llamó a dos guardas, armados hasta los dientes, para escoltar al visitante.

—Todas las precauciones son pocas —declaró el director del presidio tras comprobar que sus hombres se ponían en la boca los silbatos destinados a calmar, con sus desafinados trinos, los accesos de ira del arco.

No obstante, cuando alcanzaron la celda, Sagaz D'Antagno pidió entrar solo.

—Si su alteza asume enteramente el riesgo... —advirtió el director del presidio, colocándose prudentemente tras los corpulentos guardas.

—Nada me amenaza —aseguró el príncipe—. El arco y yo somos de la familia.

Pero la puerta de acero ya se cerraba, chirriando, y el director y sus escoltas creyeron oírle decir: "...somos *como* de la familia".

El arco estaba acostado en un banco de cemento, en el rincón más apartado de la celda. A primera vista parecía un arco de violín común y corriente: simple vara de Pernambuco, madera más densa y oscura que la de abeto o arce con que se construye el cuerpo de los violines, con una cinta de cerdas tendida entre las puntas.

Sin embargo, sus muchos años de estudio permitieron a Sagaz D'Antagno advertir que el arco del sublime Stravagantius no usaba las habituales crines de caballo, blanqueadas para hacerlas más suaves y elegantes, ni las crines de unicornio de las que hablara la bruja Viejaruca. No, el arco del Stravagantius era el único, en toda la historia de la música, cuya cinta estaba formada por cabellos humanos.

“Los de una bella hechicera, conocida como la Dama Blanca de Undoroso, quien no pasaba de diecisiete años pero lucía cabellos de una blancura perfecta. Algunos especialistas saben que la mayoría de las brujas posteriores al siglo xvii son calvas, pero no han podido explicar por qué. Sólo yo sé que perdieron el pelo después de que una de ellas sacrificara el suyo para que Soturno el Oscuro pudiera convertirse en el mayor violinista de todos los tiempos.”

Mientras pensaba en voz alta, Sagaz D'Antagno acariciaba el arco: desde la punta superior hasta el talón, que no era de metal y madera, como en los arcos corrientes, sino de plata y hueso.

“¡El hueso del dedo que le faltaba a Anturno Sotagno! —suspiró el príncipe—. Espero descubrir algún día por qué, al igual que mi antepasado, las brujas posteriores al siglo xvii sólo tienen nueve dedos. Algunos especialistas lo atribuyen a un rito demoníaco, pero

no me convencen.”

Apenas Sagaz D'Antagno tocó el hueso, el arco se estremeció violentamente y se le escapó de las manos; pero en lugar de caer al suelo, se elevó en el aire y, trazando una parábola perfecta, voló hasta el estuche del violín que esperaba junto a la puerta de acero.

El príncipe vio, fascinado, cómo el hueso incrustado en la base del arco tomaba la apariencia de un dedo vivo, completo y adornado por un anillo de plata pura. De la manera más natural del mundo, aquel dedo espectral liberó los broches del estuche y levantó la tapa. El hueso y el anillo volvieron entonces a ser sólo un talón de arco, y éste se tendió en el lugar que le estaba destinado.

Sagaz D'Antagno creyó escuchar los acordes finales de un concierto mientras, lenta y solemnemente, el estuche se cerraba.

El segundo regreso de Sagaz D'Antagno fue casi tan apacible como el primero, salvo que esta vez abandonó el barco antes de tocar puerto. Una chalupa lo llevó hasta una discreta playa, donde le esperaba un coche enganchado a cuatro de sus mejores caballos. El cochero, que también era hombre de confianza, le preguntó si había hecho buen viaje.



—Te responderé cuando haya terminado —dijo el príncipe—. Quizá no lo creas, pero estamos por emprender la parte más peligrosa.

Eligieron un olvidado camino de montaña. Era un itinerario más largo y fatigoso, pero los mantendría lejos de la ciudad donde se hallaba, encerrado en su vitrina de cristal blindado, el turbulento Stravagantius.

No eran precauciones inútiles. Durante los tres días que duró la travesía, varios visitantes del Museo Metropolitano dijeron haber visto vibrar las cuerdas del violín encerrado. Mientras, a muchos kilómetros de distancia, Sagaz D'Antagno despertaba, en aquellas

noches de luna nueva, con la impresión de que una sorda melodía se escapaba del baúl de siete llaves en que viajaba el estuche con el arco.

Por razones de seguridad no abrió ni baúl y ni estuche hasta llegar a su castillo, y entonces se dio cuenta de que el arco había cambiado de posición.

“La chalupa en que desembarqué se balanceó bastante sobre las olas —reflexionó el príncipe—, y no menos se tambaleó el carruaje sobre las piedras del viejo camino de montaña. Pero nada puede explicar que el arco pudiese girar 180 grados dentro de un espacio tan angosto como herméticamente cerrado.”

El príncipe decidió guardar el arco, sin más tardanza, allí donde contaba mantenerlo quieto, seguro y secreto: la vaina de un espadón que había pertenecido al caballero medieval Septenio el Primigenio, fundador de la dinastía D’Antagno.

El espadón se había partido durante la última batalla del remoto guerrero. Siglos de óxido habían soldado la vaina a la férrea armadura, mientras la empuñadura quedaba unida, por un óxido semejante, a los guanteletes de hierro. Esos guantes, armadura y vaina ornaban la estatua de mármol de Septenio el Primigenio, que presidía la cripta funeraria familiar.

Los restos mortales de todos los antiguos príncipes, excepto el misteriosamente desaparecido Soturno el Oscuro, reposaban en aquella cripta, excavada en el mismo promontorio que servía de cimientos al castillo.

“Bienvenido a casa... —murmuró Sagaz D’Antagno al guardar en la vaina el arco con un hueso, y tal vez algo más, perteneciente a su antepasado—. Descansa en paz.”

Las brujas no olvidan... ni perdonan

Sereno D'Antagno terminaba de revisar los documentos que había heredado de su padre, el príncipe Sagaz, cuando en la pantalla del celular apareció un nuevo mensaje de su esposa, la bella Fogoza Presto.

“¡Ya están todos aquí! ¿Bajas o no?”

“Sí, sí; ya voy —murmuró Sereno, y apretó la tecla ‘reenviar’ con la misma respuesta que había dado a los seis imperiosos mensajes anteriores—. Ahora mismo, querida.”

Pero esta vez, con un suspiro de resignación, se levantó de la mesa y fue a colocar el hinchado portafolio en un compartimento secreto de la biblioteca. El lujoso mueble, de caoba color fuego, cubría los siete muros de su despacho en la curiosa torre heptagonal que tenía en su centro el castillo de Antagno.

—Papá nació con el siglo xx, pero yo no tengo excusa: un día de estos he de escanear toda esta documentación. Sólo entonces podré estudiarla con la atención que requiere.

Sagaz D'Antagno había muerto centenario, conservando hasta el final salud de hierro y mente clara. Ya pasaba los sesenta cuando tuvo, con su tercera esposa, el que sería su único hijo. El mismo que ahora, cinco años después de su muerte, se disponía a asumir, de una buena vez, el *problema hereditario* de la familia D'Antagno.

Fogozza Presto solía tomar el asunto a la ligera:

—En pleno siglo XXI, ¿quién puede creer esas historias de magos, brujas, violines encantados y dedos cortados que recobran vida?

—Tú conociste bien a mi padre —replicaba Sereno—. ¿Alguna vez te dio la impresión de ser un viejo chocho o fantaseador?

—No, por supuesto.

—Y has visto los recortes de prensa, los libros...

—No los pongo en duda, pero...

—¿Y el violín encerrado en el Museo Metropolitano?

—De acuerdo, querido, sin embargo...

—¿Y la ley? —remataba Sereno—. La ley que prohíbe la reunión del violín Stravagantius y su arco fue aprobada en 1947.

—Hechos concretos y verificables... —concedía Fogozza—. ¡Pero pertenecen a otra época! Estamos en el segundo milenio, querido; la era de la computación, los satélites espías, la mundialización y la biotecnología. Admite que es difícil creer que haya sobrevivido hasta nuestros días, bruja o encantamiento alguno.

El propio Sereno se decía a veces que el mundo había cambiado demasiado desde la reaparición del Stravagantius, siete décadas atrás. El castillo de los príncipes D'Antagno ya no era aquel rincón perdido entre brumosos desfiladeros e intrincados bosques, donde el aullido de los lobos o el gruñido de un oso pardo estremecía las lóbregas noches. Una moderna autopista los llevaba, en sólo veinte minutos, a una ciudad con hipermercados y aeropuerto. Y hoteles, campings y lujosas mansiones, amenizaban el antes agreste paisaje.

En todo eso pensaba Sereno D'Antagno mientras bajaba al vestíbulo decorado con retratos de antepasados, esculturas, cuadros firmados por grandes maestros... y aquel tapiz, tan hermoso como extraño, donde una muchacha calva sostenía por la brida un potro blanco, al que sólo le faltaba un cuerno largo y retorcido para parecer un unicornio.

—¡Ah, al fin! —exclamó Fogozza Presto, al ver a su marido en

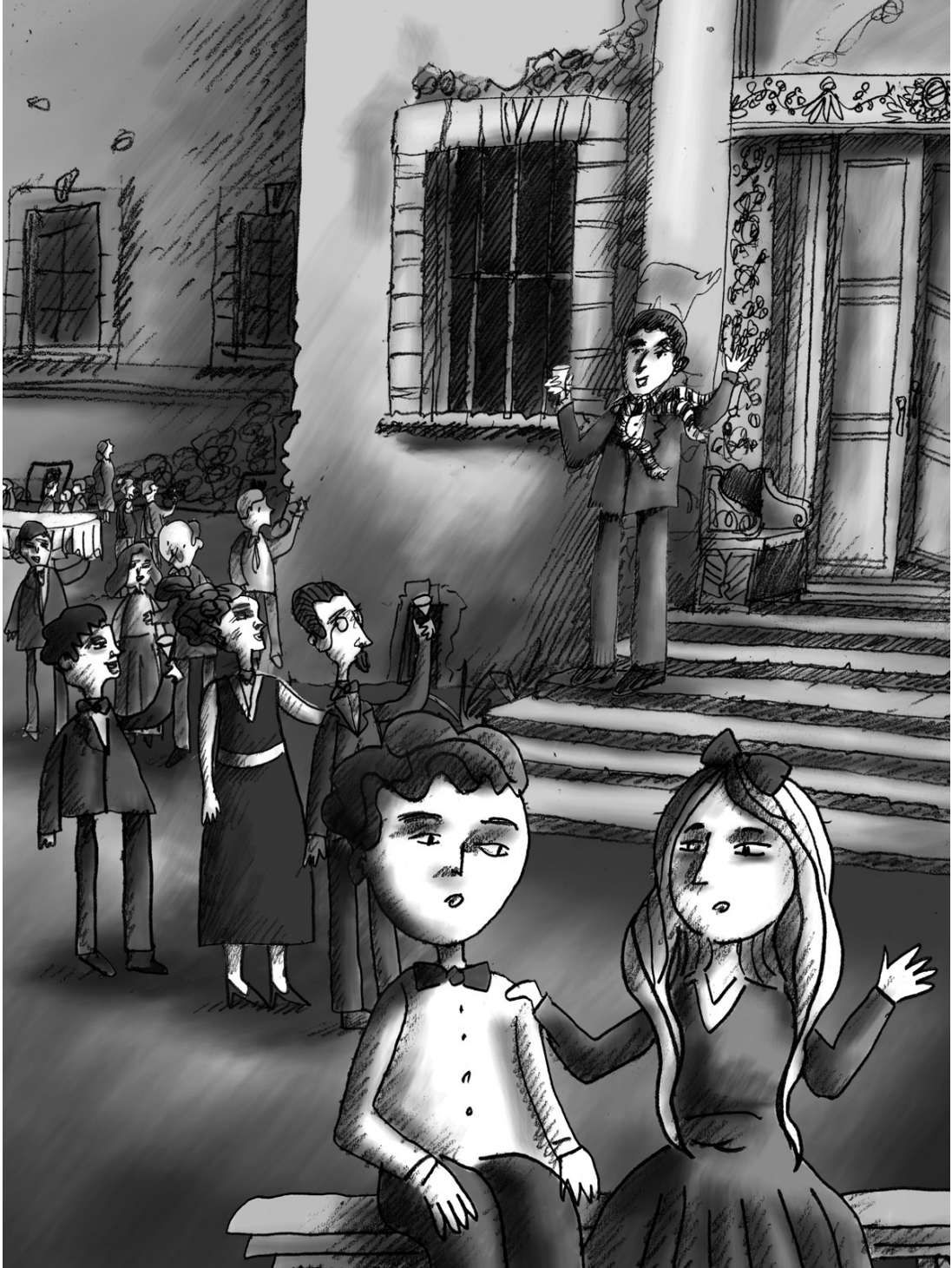
el porche.

Los invitados lo acogieron con irónicos aplausos y Sereno se excusó con una embarazada sonrisa.

—Los negocios, mis amigos. Ya saben ustedes cómo son los negocios...

En el vasto jardín se hallaba todo lo que quedaba de aristocracia, y buena parte de la alta sociedad de la provincia en que se había convertido el principado de Antagno.

El fin del verano había servido de pretexto para reunir a las familias de los niños que, como el más joven de los D'Antagno, empezaban quinto grado en el exclusivo colegio Della Grazzia.



Los adultos disponían de una mesa repleta de bebidas y manjares en el Pabellón del Sol, mientras los chicos podían disfrutar, en el Pabellón de la Luna, de dulces y gaseosas, sofisticados juegos de mesa y lo último en juegos electrónicos. Había para todos los gustos... Sin embargo, dos de los chicos se habían retirado a un rincón del jardín, y conversaban sentados en un banco de piedra tan antiguo como el propio castillo.

Silvestre D'Antagno y su amiga Hechi tenían diez años. Asistían al mismo curso, pero ella ya se daba aires de mujercita. Sus ojos eran intensamente verdes y su larguísima cabellera era de un rubio platinado que el sol de agosto tornaba en blanco cegador.

—No puedes fallarme, Silve —decía la niña—. Sin tu apoyo, nunca aprenderé nada.

—Es que... mis padres no estarán de acuerdo.

—¿Y por qué tendrían que saberlo? —replicó Hechi—. ¿Acaso les cuentas *todo* lo que haces en el colegio?

—Esto es distinto. Ellos opinan que esa actividad es incompatible con la sangre que corre en mis venas.

—¿Tú crees en esa patraña de la sangre azul? —se asombró Hechi.

—¡Claro que no! —respondió Silvestre—. Me refiero a un asunto que sólo cuenta para la familia D'Antagno. Papá dice que me lo explicará a su debido tiempo.

—Te tratan como a un niño pequeño... y lo peor es que te gusta —suspiró dramáticamente Hechi—. ¡Qué remedio! Le pediré a Nazario que me acompañe: él no me fallará.

A la sola mención de Nazario, su eterno rival, los celos nublaron la mente de Silvestre, que se levantó de un salto y declaró, altivo como un pequeño rey:

—¡De ninguna manera! ¡Puedes contar conmigo!

—¿En serio? ¿No te arrepentirás luego?

—¡Un D'Antagno no tiene más que una palabra!

Hechi abrazó a Silvestre, le dio un beso y salió corriendo.

Ante el portón de hierro forjado del castillo de Antagno se hallaba estacionada una limusina negra, con los cristales negros y un chofer enteramente vestido de negro. Apenas Hechi se aproximó, el chofer se inclinó y, con la precisión de un autómatas, abrió una de las puertas traseras.

La niña dijo adiós al pequeño príncipe D'Antagno, quien seguía clavado junto al banco de piedra, y subió al lujoso automóvil anunciando:

—¡Ya está, abuela! Silve me acompañará a las clases de violín.

—¡Yo sabía que podías lograrlo, hechicera de mi alma!

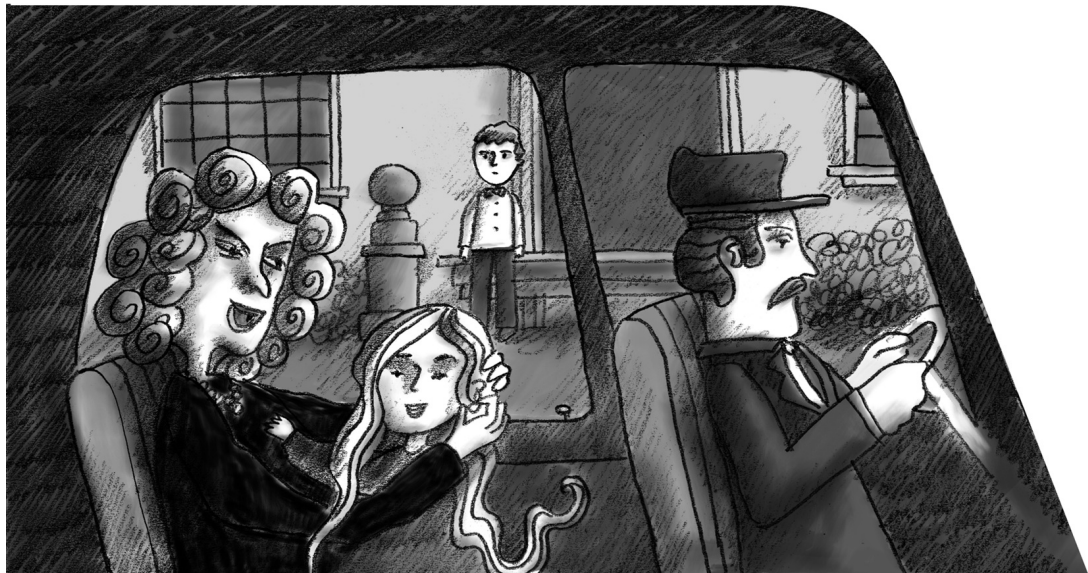
La anciana también vestía de negro. De un negro tan profundo que, en comparación, el auto y el uniforme del chofer parecían de colores alegres.

—Hice como me dijiste, pero me costó convencerlo —explicó Hechi—. Y la verdad no entiendo por qué te interesa tanto que Silve aprenda música.

—Te lo explicaré a su debido tiempo —contestó la mujerona—. Todavía eres demasiado joven para entenderlo.

Era el mismo argumento que Hechi reprochaba a los padres de su amigo. Pero con un gesto de rapidez sobrehumana, su falsa abuela le colocó en las orejas unos pendientes de oro y esmeraldas.

—¡Mírate!



Un espejo surgió ante la niña. Más que reflejarse en el cristal, Hechi parecía haber sido absorbida por éste: sus ojos se habían vuelto fríos y relucientes como las preciosas piedras verdes, y sus pensamientos habían quedado helados e inertes como los aros de oro que le mordían suavemente las orejas.

Con los cuatro dedos de su mano derecha, la mujerona ajustó sobre su cabeza, calva como una calavera, la peluca de rizados blancos. La cara mágicamente despojada de arrugas y verrugas se abrió en una siniestra sonrisa. Una sonrisa tan amplia que tras los dientes postizos asomó su único y fatídico colmillo negro.

“Dentro de siete años —graznó la viejuca—, siete largos años... que pasarán volando. Sólo entonces, hechicera de mi alma, comprenderás el papel que te corresponde, gracias a tu blanca cabellera y al violín Stravagantius, en la venganza de las brujas sobre los príncipes D’Antagno.”

¿FIN?

Índice

Obertura

En una urna de cristal blindado...

1

Stravagantius, el violín embrujado

2

Sonata del extraño viajero

3

Anturno Sotagno, el violinista genial

4

El concierto de la bruja

5

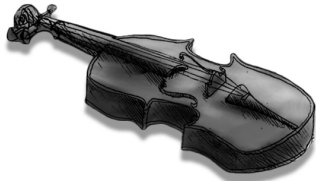
El destino extraordinario del Stravagantius

6

El secreto del arco rebelde

7

Las brujas no olvidan... ni perdonan



Concierto No. 7 para violín y brujas

El peligroso violín Stravagantius lleva años encerrado en una vitrina de cristal blindado, lejos de su arco. Muchos rumores existen sobre su poder, capaz de desencadenar los peores trastornos. Su destino está ligado al de los príncipes D'Antagno, dueños del inquietante instrumento, y al de las brujas, quienes por más de tres generaciones han desplegado todas sus mañas para vengarse de la principesca familia. ¿Qué misterios esconde el Stravagantius?

Joel Franz Rosell es escritor, crítico literario, profesor y periodista. Ha publicado una veintena de obras para niños y jóvenes, entre ellas *La leyenda de Taita Osongo*. Entre otros reconocimientos, ha recibido la distinción internacional The White Ravens, el Premio La Rosa Blanca de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, así como el Premio de la Ciudad de Cherburgo, en Francia, donde actualmente reside.

Julián Cicero se dedica a ilustrar libros, revistas y cualquier otra cosa en la que sus personajes sean bienvenidos. Ha sido seleccionado en varias ediciones del Catálogo de Ilustradores de Publicaciones Infantiles y Juveniles del Conaculta, en la Quinta Bienal Internacional del Cartel en México y en el Tercer Catálogo Iberoamericano de Ilustración.



A LA
ORILLA
DEL
VIENTO

217

Para los que leen bien